

# INÉDITAS LENGUAS. FRAGMENTOS DE UNA SEMIOSIS SOCIOSEXUAL

Lic. Santiago Esteso Martínez

Universidad Complutense de Madrid

**ESTUDIO DE LAS CONDICIONES POLÍTICAS Y SOCIALES QUE LLEVARON AL FRACASO LAS ACCIONES DEL FRENTE DE LIBERACIÓN HOMOSEXUAL, PRIMER MOVIMIENTO DE SU CLASE EN AMÉRICA LATINA, FUNDADO EN ARGENTINA EN 1971.**

Las *homosexualidades* han sido, desde el siglo XIX y en el contexto de las tradiciones culturales más próximas a América Latina, un objeto de debate y estudio más o menos crónico y perturbador tanto para la medicina, la psicología, el derecho y las religiones como para las múltiples instancias formadoras de opinión (los medios masivos de comunicación, las producciones estéticas y la esfera que Mijail Bajtín llama de «la comunicación discursiva inmediata»<sup>1</sup>). En *interacción simbólica* con estas instancias y textualidades, la producción discursiva y las estrategias políticas de los diversos movimientos homosexuales occidentales intentaron abrir el inestable lugar del *cambio dóxico y epistémico* en la tensa contradicción que produjo —y aún produce— el choque de inéditas representaciones y argumentos contra una vieja, sólida y hegemónica construcción cultural.

En el caso de Argentina, el Frente de Liberación Homosexual,<sup>2</sup> fundado en 1971, se enfrentó a un entorno sociopolítico y cultural que parecía repetirle, obnubilado por otras urgencias, *de eso no se hablará, replieguen sus banderas y regresen al secreto de sus casas*. La contradicción entre democracia y homofobia/sexismo no fue, en el contexto de las revueltas sociales de la primera parte de los años setenta sudamericanos, lo suficientemente intensa como para desencadenar una profunda contradicción cultural que acabara proporcionando efectivas oportunidades políticas

para la liberación homosexual. Crónica, acaso, de una colisión inevitable, el F.L.H. fracasó en su intento de elaborar nuevos sentidos que produjeran un desplazamiento, un rompimiento, una revuelta, de los elementos semióticos (conceptos, metáforas, símbolos) que configuraban la nación y la sexualidad.

## TRES HIPÓTESIS Y UN ACONTECIMIENTO

Los argumentos que siguen —a propósito del diálogo interdiscursivo en torno de dos objetos que, para entendernos, llamaré «nación» y «homosexualidad»—, descansan sobre tres hipótesis provenientes de diversos marcos teóricos. Y sobre la interpretación que, a partir de esas propuestas, hago de un acontecimiento o de una serie encadenada de acontecimientos: la suerte corrida, en la Argentina de principios de la década del setenta, por el primer movimiento homosexual de América Latina.

En primer lugar, una hipótesis sociosemiótica formulada, hacia finales de esa década, por Eliseo Verón al intentar delimitar una teoría de la discursividad o de la producción de los discursos sociales. Decía Verón que semejante teoría reposaba sobre la noción de que toda producción de sentido era «necesariamente social» —debíamos explicar las condiciones sociales en las que se producía cualquier proceso significativo específico— al mismo tiempo que todo comportamiento social (la organización material de la sociedad, las instituciones, las

relaciones sociales) era, al menos en una de sus dimensiones constitutivas, «un proceso de producción de sentido». Este doble anclaje *del sentido en lo social y de lo social en el sentido* se podía estudiar sólo si aceptábamos, por un lado, la producción de sentido como discursiva y, por otro, que en la semiosis se construía «la realidad de lo social» y se elaboraban lo que comúnmente llamamos «representaciones sociales». En esta línea de trabajo se imponía la materialidad espacio-temporal del sentido, esos fragmentos de la semiosis a interrogar e interpretar.<sup>3</sup>

En segundo lugar, una de las hipótesis medulares de Nancy Fraser,<sup>4</sup> una de las voces más significativas del horizonte del feminismo postsocialista crítico, para quien las políticas de redistribución y de reconocimiento deben distinguirse en el análisis aunque integrarse en las prácticas políticas emancipatorias. Toda la argumentación de Fraser reposa sobre su distinción entre «injusticias de distribución» e «injusticias de reconocimiento», dos tipos de ofensa que «cualquier orden social moralmente válido debe erradicar». Aquí recojo su definición del segundo tipo de injusticias, «una consecuencia de patrones de interpretación y evaluación institucionalizados» (en la legislación, la ayuda social, la medicina y/o la cultura popular) que hacen que determinados sujetos no sean reconocidos como *interlocutores plenos* en la interacción social. Entre las posibles injusticias de reconocimiento, Fraser subraya la opresión sexual, de la que dice que no es «menos material y real que la opresión de clase» y que, en consecuencia, no constituye un tipo de desigualdad «meramente cultural» (secundaria, derivada o trivial) que debería subordinarse a «las luchas contra la explotación de los trabajadores».<sup>5</sup> Aquella institucionalización de normas e interpretaciones heterosexistas se traduce, desde la perspectiva sociosemiótica que me interesa desarrollar, en la imposibilidad de hombres y mujeres homosexuales, construidos como sujetos aberrantes, de producir sentidos públicamente válidos, discursos *audibles*, eficaces, activos respecto de los engranajes sociales que elaboran y hacen circular los sentidos. Si las injusticias derivadas por la falta de reconocimiento están «basadas en patrones sociales de interpretación, evaluación y comunicación» materializados en instituciones, prácticas y hábitos encarnados,

una de las tareas teóricas y políticas a afrontar será la contestación y radical transformación de este conjunto hegemónico de significados, normas y construcciones de la personalidad.

Por último, una hipótesis procedente de la teoría de los movimientos sociales, según la formulación hecha a mediados de la década del noventa por Doug McAdam, John McCarthy y Mayer Zald,<sup>6</sup> para quienes una de las dimensiones cardinales en el estudio de los movimientos sociales debería ser ese repertorio de emociones, significados, y conceptos compartidos que definen una «situación de agravio» y provocan las expectativas de un cambio, la creencia de que «la acción colectiva puede contribuir a solucionar esa situación».<sup>7</sup>

Del conjunto de especificaciones a que da lugar esta categoría, apuntaré dos. Por un lado, la necesidad de forzar y profundizar un corte epistemológico, de instalar una voluntad de verdad y saber radicalmente diferente de la hegemónica hasta ese *corte* que el movimiento social representa. Por el otro, la pregunta que plantean McAdam, McCarthy y Zald en los términos de hasta qué punto un determinado movimiento social logra «reformular algún tipo de discurso público» —por ejemplo, el hipotético impacto de los movimientos feministas en las democracias occidentales industrializadas según si ha habido una «feminización del discurso público» o no.

## TIEMPOS DE GUERRA

El general Pinochet derrocó el gobierno de Salvador Allende el 11 septiembre de 1973; al día siguiente del golpe, el bando militar número 5 comunicaba oficialmente la existencia de un «estado de guerra interna» en el territorio chileno. Por aquellos días en las principales ciudades argentinas se sucedieron manifestaciones de repudio contra la violenta intervención militar que había acabado con el gobierno de la Unidad Popular. La izquierda argentina, exultante protagonista de un proceso que interpretaba en los términos de inminentes «cambios estructurales e ideológicos del poder»,<sup>8</sup> se movilizó en solidaridad con la democracia y el socialismo chileno, acaso como un modo de permanecer atenta, vigilante, frente a las mañas de la derecha, los viejos dueños de la escena política y cultural de nuestros países.

Entre las banderas y consignas que recorrían la convulsionada Buenos Aires, una provocó el desconcierto: un cartel anunciaba entre los manifestantes la presencia del F.L.H. Uno de sus integrantes, Néstor Perlongher, recuerda que «las agrupaciones izquierdistas se corrían de lugar en la columna para no quedar cerca de los gays».<sup>9</sup> Unos meses antes, en julio de 1973, la revista porteña *Así. El mundo y la luna en sus manos* había publicado «el más amplio material sobre el espinoso y candente tema»: un reportaje «exclusivo»<sup>10</sup> en el que tres miembros del F.L.H. decían querer alcanzar la «liberación integral del ser humano» a través de un fuerte cuestionamiento de las pautas morales y los prejuicios machistas específicos de la «clase dominante», valores y estigmas que se traducían en prácticas represivas concretas: la posibilidad, siempre, de terminar en la cárcel o muerto en algún terreno baldío. Al mismo tiempo, aunque ninguno lo explicitara, rondaba entre los entrevistados otro temor, que el enardecido y emocionado acontecer de esas semanas confirmaría: la posibilidad de que el F.L.H. no fuera atendido ni comprendido por los otros movimientos sociales que apostaban, como ellos, por un radical cambio social.

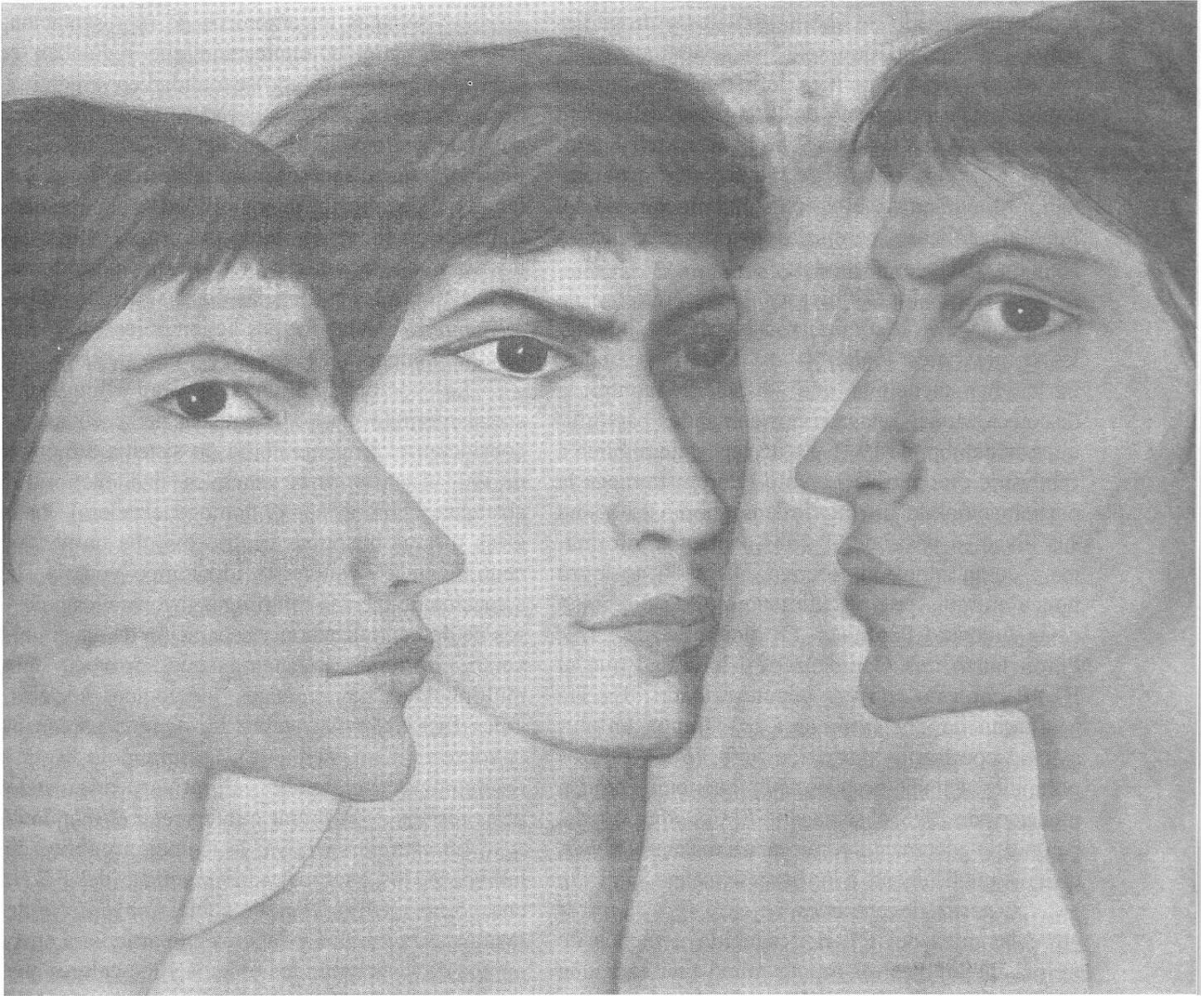
María Milagros Rivera,<sup>11</sup> al estudiar las formas de mediación que históricamente han conformado el «itinerario» de las mujeres por el orden sociosimbólico patriarcal y sus voluntades de hallar, en los diversos contextos ordenados por esta red de representaciones y símbolos, «un sentido de sí y del mundo en femenino», reconoce un fenómeno histórico de prolongada duración en Occidente: «el miedo [femenino] a tomar la palabra». Este miedo significa «la ajenidad de las mujeres en los espacios definidos por hombres», en las instancias de poder que éstos crean y ocupan; ajenidad que produce un *malestar* —personal primero, *cultural* enseguida— cuando el sujeto inadecuado, periférico, prescinde de la *ley* que impera en esos dominios para *decir* o *escribir*, para producir sentido desde la propia experiencia. Según Rivera, el miedo de los excluidos tiene que ver con el temor a prescindir de las instancias de poder instituidas, a sus regulaciones de lo decible y aceptable, y, en consecuencia, a desbarrancarse, en su disparatado intento, por «el abismo de la

incomunicación» y la *insignificancia*. Marc Anagnot<sup>12</sup> piensa en esto cuando propone que un discurso heterónimo (marginal, disidente) está privado de *aceptabilidad histórica*: lo que dice, lo que reclama, es simplemente impensable, audible sólo como una «desviación fatal del curso natural de la historia humana».

El miedo de las voces excluidas a entrar en el diálogo acerca de lo que *el mundo* —todas aquellas instancias de enunciación que argumentan o narran en un momento histórico y dentro de unos límites simbólicos precisos— evalúa como «significativo» o aceptable de decir, podría resolverse en la persecución de un *más allá* de las mediaciones del poder, la conquista de un espacio exterior respecto de lo que es tolerable social y sexualmente. En este sentido, parecería que ciertas voces no pudieran entrar sin más en el diálogo social, integrarse ni asimilarse sin borrar su *diferencia*. Al intentar ocupar el espacio público junto a otros movimientos sociales emancipatorios, al competir con ellos y tramar alianzas tendentes a ampliar su restringido horizonte de oportunidades y ámbitos de interlocución, el entorno socio-discursivo y político le deparó al F.L.H. un revés previsible en aquellas condiciones: el aislamiento y la incomunicación. Entre 1971 y 1976, las voces del movimiento homosexual argentino hablan enloquecidas, para nadie; desprestigiadas por «disparatadas», desafinan en un concierto social y político que dirigen y dirimen las elites revolucionarias y, tan pronto como se hicieron con el mando de la situación, las facciones conservadoras. El F.L.H. pierde el control de los protocolos —parece ni reconocerlos—, que ordenan los rituales (las formas establecidas) de la conversación y las luchas políticas en la ciudad y en relación con las instituciones del Estado. Y al perderlos, provoca un vacío, un *malestar* (propio y colectivo) mientras sigue anunciando y exigiendo, tercamente, lo que jamás será tenido en cuenta en ese contexto.

## EL MIEDO DE LOS OTROS

La suerte corrida por el Frente en su aventura política —primero junto al Frente Justicialista de Liberación y, tras el desaire, con otros sectores de la izquierda revolucionaria— permite trazar la historia de un *malestar*. Un profundo *malestar* cul-



tural y político derivado de la provocación de unos cuerpos y unas consignas, de unas razones y unos marcos de interpretación, que en su escandalosa agitación produjeron silencio alrededor, una soledad política dolorosa. La palabra «homosexual» dijo *lo demasiado*, nombró y tocó las fronteras últimas de una revolución que ellos, los «maricones», conminaban a que acabara no tan sólo con las opresiones sociales del capitalismo, sino con todas las formas de opresión e injusticias que el pesado absolutismo moral de Occidente imponía sobre varones y mujeres.<sup>13</sup>

En los meses previos a las elecciones de marzo de 1973, el F.L.H. sólo consiguió el reconocimiento, y no público, de la línea trotskysta del

Partido Socialista de los Trabajadores. Poco tiempo después, en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires se realizó un acto para demandar la libertad de los presos políticos. Perlongher recuerda que se leyó la adhesión del F.L.H. «entre murmullos de desconcierto». El 25 de mayo de 1973, cuando la junta militar le entrega el gobierno a Cámpora, el Frente fue atacado por algunos sectores en la Plaza de Mayo. Durante la célebre concentración del 10. de mayo de 1974, los Montoneros responden a la *expulsión* de Perón que ellos no eran «putos» (maricones) ni eran «faloperos», sino «soldados de Evita y Montoneros». De esta manera replicaban a las malas lenguas lanzadas contra la juventud peronista —el general Osinde

los había acusado de «homosexuales y drogadic-tos»—, al tiempo que sellaban severamente una evaluación social y política definitiva, al menos en aquel contexto, respecto de la homosexualidad en Argentina —en este punto Sebrelli subraya la homofobia de los dos sectores de la izquierda revolucionaria: Montoneros y el Ejército Revolucionario del Pueblo, católicos y peronistas los primeros, castristas y marxistas los segundos.<sup>14</sup>

Durante los gobiernos democráticos de C ampora y Per on continuaron las *razzias* policiales contra bares y domicilios de homosexuales. Perlongher menciona una «balacera» contra la discoteca Monal , atacada por comandos paramilitares en octubre de 1973. En un reportaje público a finales de este año, la Juventud Peronista niega la participación de un movimiento homosexual en sus filas —a pesar de algunos contactos informales y de su adhesión efectiva, el F.L.H. no logr  nunca entrevistarse oficialmente con la dirección de la Juventud Peronista. En diciembre de 1973, Perón lanzó una Campaña de Moralidad que el F.L.H. contest  con un volante titulado «La Tía Margarita impone la moda Cary Grant», en alusión al comisario Margaride, jefe de las fuerzas policiales. Un año después de la muerte de Perón, a mediados de 1975, el semanario *El Caudillo*, voz del peronismo gobernante, convocaba a matar —*linchar*, dicen— públicamente a los homosexuales.

A partir de entonces se extendió el terror entre las filas del F.L.H. Reducido a menos de treinta integrantes, el Frente inició una campaña de repulsa al papa Paulo VI, que acab  en un allanamiento policial que finalmente apresur  su disolución, acordada en junio de 1976, pocos meses después del golpe de Estado que dejó en manos del general Videla y la junta militar la vida y el porvenir de millones de argentinos.

### NUEVOS LENGUAJES SOCIALES

Como ha sido recogido por los estudios generalistas sobre el periodo, así como por las contadas investigaciones específicas o reconstrucciones testimoniales en torno de los movimientos sociales argentinos, entre ellos el homosexual, la producción discursiva del F.L.H. no produjo, al menos hasta finales de la década del ochenta, ningún tipo de variación significativa respecto de los

patrones sociales hegemónicos de representación, interpretación y comunicación que regulaban la construcción de la (homo)sexualidad en Argentina. Sin embargo, desde la *torpeza de la ilegitimidad*, desde el secreto que imponían los ámbitos clandestinos, sus discursos comenzaron a forjar un lenguaje y una forma de visibilidad, recuperando y trabajando sobre materiales anteriores, o inventando nuevas categorías y tácticas que permitieran actuar contra las evidencias dominantes, los saberes canónicos o las formas hegemónicas de sociabilidad y poder.

La noción bajtiniana de «plurilingüismo social» permite cuestionar aquellas perspectivas que consideran el lenguaje como un sistema armónico de unidades y normas generales, una interioridad abstracta y homogénea (y homogeneizadora). Junto a las fuerzas históricas centrípetas que unifican y centralizan el «universo ideológico-verbal», la actuación de fuerzas centrífugas favorece los procesos de descentralización y separación de aquel universo, desterritorialización que provoca una multiplicidad de lenguajes ideológicos-sociales. Tales fuerzas actúan sobre la «lengua nacional» (y sobre el «Uno nacional»),<sup>15</sup> saturándola de otras resonancias sociales y valorativas, originando otras formas de nombrar e interpretar el mundo.

En esta perspectiva, la irrupción pública de las voces, los cuerpos y las prácticas del F.L.H. ensayó un inédito lenguaje social, un *dialecto* de metáforas, símbolos y saberes que articulara otros puntos de vista sobre los objetos y los valores que configuraban la (homo)sexualidad y, por extensión, las formas conocidas de relacionarnos afectiva y políticamente. En un momento marcado por las expectativas de un cambio social radical (una refundación nacional que se intui a inminente e inevitable), el F.L.H. intentó ampliar las oportunidades políticas que pudieran favorecer su accionar con el objeto de articular su *diferencia* como un instrumento crítico respecto de los significados culturales que configuraban el espacio de la nación y que definían las maneras democráticas de convivencia, interpelando las normas y saberes instituidos en torno de las identidades genéricas y las diferencias sexuales, la economía de los cuerpos y los placeres, la justicia, la democracia y el contrato sociosexual.

Aquellas *voces inaudibles*, a pesar del fracaso de sus pactos y objetivos, provocaron un vacío en el interior de un orden simbólico atestado de imágenes y valoraciones. Desarreglaron, al menos, la construcción cultural a la que se enfrentaron, abriendo una primera y decisiva grieta en el muro de los sentidos existentes. Fue el F.L.H. un recién llegado ilegítimo a la semiosis social, un intruso que intentó expurgar un sector del territorio, violar y desplazar una frontera simbólica para *decir* su palabra. Para hacer sentidos. Y, sobre todo, para debatir la nación en igualdad de condiciones con otros interlocutores sociales. Si medimos los resultados del F.L.H. en los términos del cambio social efectivamente promovido, diremos que su impacto sobre «la cultura, los marcos interpretativos y el ámbito de lo político» (Zald) fue nulo. Sin embargo, el Frente ahuecó y desorientó la cultura nacional, arrojó de *su sitio*, provocó un espacio libre, *liberado*, para que allí sucediera o se vertiera lo imprevisto.

La investigación que sobre este período llevó adelante la cátedra de Teoría Literaria de la Escuela de Letras de la Universidad Nacional de Córdoba,<sup>16</sup> examinó el autoritarismo en los términos de un mecanismo regulador que operó durante la década del setenta en los diferentes espacios discursivos y en las prácticas políticas configurando al *otro* no tan sólo como adversario sino como enemigo, el «otro absolutamente distante y distinto de nosotros», el que se debe ofender, callar, eliminar. Reducidos «los términos de la política a los de la guerra», la definición de partidarios y adversarios no sólo selló alianzas y distinguió los bandos enfrentados, sino que levantó trincheras, militarizó las disputas y señaló el objetivo de las armas: eliminar al que enferma el cuerpo de la nación, aquel que con su presencia diferente y desasosegante perturba la normalidad social y política. Y la normalidad sexual, por supuesto, no se discute ni se interpela en tiempos de guerra. Al homosexual se le re-educó, se le desaparece, se le niega, se le atemoriza, se le asesina. Esto lo sabe muy bien la derecha y la izquierda latinoamericanas.

Por aquellos años, según el relato de Sebrelli, los Montoneros ejecutaron a dos miembros homosexuales como medida preventiva: temían por su debilidad si la policía o el ejército los *apretaba*; el

Ejército Revolucionario del Pueblo, por su parte, denunció que sus compañeros debían compartir las mismas celdas con los *maricones*. Fraser sugiere la conflictiva relación de la izquierda con el deseo, la aún no resuelta paradoja entre homosexualidad y políticas emancipatorias, la fractura entre los que luchan por un orden socioeconómico justo y los que combaten por el reconocimiento cultural. El argumento recurrente era, y en algunos sectores sigue siendo, que un buen comunista, el verdadero «hombre nuevo», *debía ser como es el pueblo* para poder dirigirlo hacia la victoria, y para que el pueblo pudiera sentirse representado. Y ya se sabe..., en el pueblo no hay maricones.

Ante una vista saturada de objetos y evaluaciones sociales, de argumentos y símbolos, de conflictos y culpas, se puede comenzar escampano el territorio, violentando los costados y las barreras de contención, desplazando las fronteras simbólicas, estremeciendo los contenidos que ocupan masivamente ese espacio. Fundar e inaugurar una encrucijada de caminos.

El F.L.H. dejó el «campo libre» para la vista, para los sentidos, para otros sentidos; aunque antes, para el silencio y para el momento, primero, de una comunicación interrumpida. En la turbulencia política y cultural que vivió Argentina durante la década del setenta, la impostura de unos cuerpos, unas palabras, el color de un cartel, el dibujo prolijo de unas siglas generaron una distancia, un silencio crispado, una mirada implacablemente desconfiada que obstruyó la contigüidad. Fue necesario —para los que permanecían y aún permanecen del otro lado del vacío— evitar la confusión y las *malas lenguas*, controlar la semiosis, escoger con celo a los interlocutores que discutieran y decidieran las posibles formas de la nación. Y, finalmente, decidir hasta dónde cortar, hasta qué punto *revolucionar*; dónde poner los límites de la liberación buscada.<sup>17</sup>

En un período determinado, una sociedad produce o reproduce sentidos a través de un patrimonio de imágenes, ficciones, prejuicios, significados y valoraciones que configuran una manera de mirar y comprender el mundo. Un lleno simbólico que constituye una «opinión» sobre las realidades que nos rodean, sobre los objetos que manipulamos con nuestros cuerpos o a través de ellos, sobre nuestras relaciones y nuestros

otros. Hacer un vacío en la cultura permite promover las condiciones para decir —o al menos comenzar a

balbucear— lo inaudito hasta entonces y, aun entonces, lo radicalmente nuevo en esa coyuntura histórica.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Mijail Bajtín: *Estética de la creación verbal*, Siglo XXI, México, 1990.

<sup>2</sup> En adelante F.L.H.

<sup>3</sup> Eliseo Verón: *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*, Gedise Editorial, Barcelona, 1996, pp. 121-133. El autor subraya que el concepto de «discurso» hace estallar «el modelo binario del signo» —la herencia saussureana, la lingüística como ciencia de la lengua— haciéndose cargo del «pensamiento ternario sobre la significación», asociado a Pierce y Frege y a «cierta semiótica anglosajona».

<sup>4</sup> Nancy Fraser: «Heterosexismo, falta de reconocimiento y capitalismo: una respuesta a Judith Butler», en *Social Text*, 1997. Fraser discute básicamente tres hipótesis de Butler. En primer lugar, que gays y lesbianas sean «víctimas de desigualdades materiales y económicas» y que, por lo tanto, la opresión heterosexista no pueda categorizarse como «falta de reconocimiento». En segundo lugar, que la regulación heteronormativa de la sexualidad sea «central para el funcionamiento de la economía política» y que, en consecuencia, las luchas contemporáneas contra dicha regulación representen una «amenaza a la viabilidad» del capitalismo. Por último, que la distinción entre lo material y lo cultural sea, tanto desde el punto de vista conceptual como de la práctica política, «inestable» y un «anacronismo teórico». En líneas generales, Fraser sostiene, contra los argumentos de Butler, que «las raíces del heterosexismo económico serían las relaciones de reconocimiento», «un patrón institucionalizado de interpretación y evaluación que construye la heterosexualidad como normativa y la homosexualidad como desviación». En esta línea, ver también *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición «postsocialista»*, Siglo el Hombre Editores, Santafé de Bogotá, 1997, pp. 17-54. En este ensayo Fraser integra «lo social y lo cultural, lo económico y lo discursivo», conectando «el estudio de la significación de las instituciones y las estructuras sociales» y «la teoría de la justicia cultural con la de la justicia distributiva».

<sup>5</sup> Contra la desconfianza de aquellos que rechazan en bloque las políticas de reconocimiento —las denostadas «políticas de identidad»—, Fraser afirma que los movimientos que luchan por alcanzar determinados «derechos sexuales» no constituyen «particularismos injustificados» que escinden a una izquierda desconcertada, hasta el extravío, tras la caída del socialismo real. Nancy Fraser: «Heterosexismo, falta de reconocimiento y capitalismo: una respuesta a Judith Butler», ed. cit., pp. 29-37.

<sup>6</sup> Doug McAdam, John McCarthy y Mayer Zald: «Oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcadores: hacia una perspectiva sintética y comparada de los movimientos sociales», en *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, 1999 (1a. ed. en inglés: 1996), pp. 21-35. Los autores se esfuerzan por articular un marco teórico para la descripción y comprensión de los movimientos sociales modernos, trazando las lí-

neas maestras de una propuesta conceptual y metodológica que sea «sintética y comparada respecto de los movimientos sociales». En líneas generales, proponen explicar «el fenómeno de la diversidad formal de los movimientos» a partir del estudio de «las combinaciones concretas entre oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcadores de la acción colectiva». Para este artículo, utilizaré esta última categoría. Ver en la misma antología el ensayo «Cultura, ideología y creación de marcos estratégicos» de Mayer N. Zald.

<sup>7</sup> David Snow y Robert Bendord acuñaron en la década del ochenta este concepto. Snow lo toma, y modifica, de los planteamientos teóricos de Erving Goffman (*Frame Analysis: An Essay on the Organization of Experience*, 1974). Los autores proponen la siguiente definición de David Snow: los procesos enmarcadores son «los esfuerzos estratégicos conscientes realizados por grupos de personas [con el fin de] forjar formas compartidas de considerar el mundo y a sí mismas que legitimen y muevan a la acción colectiva». Ver p. 27 en el libro de McAdam, McCarthy y Zald citado en nota 6.

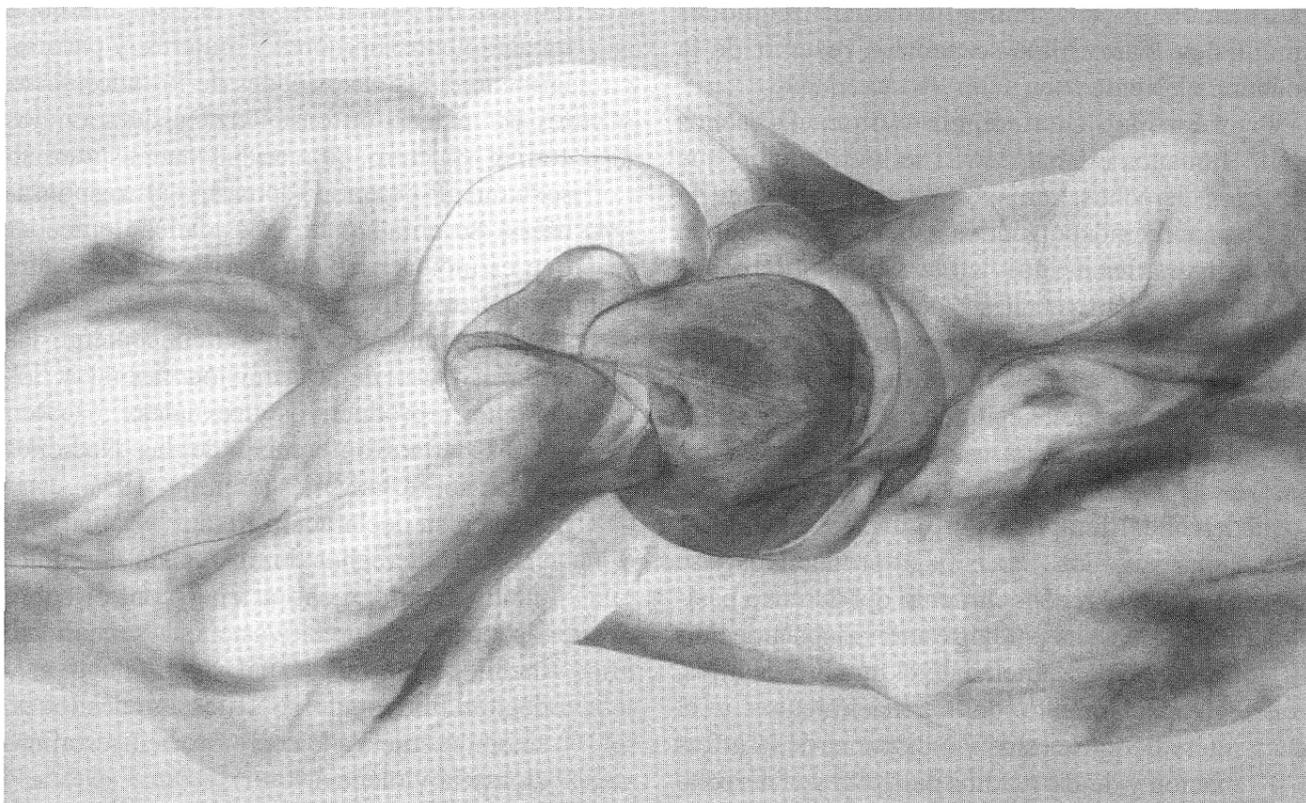
<sup>8</sup> Doug McAdam, John McCarthy y Mayer Zald: ob. cit., p. 52.

<sup>9</sup> Néstor Perlongher: *Prosa plebeya. Ensayos 1980-1992*, Ediciones Colihue, Buenos Aires, 1997, p. 81.

<sup>10</sup> «Temores y deseos del homosexual argentino» constituye la única implicación directa de los medios de comunicación respecto del F.L.H. y sus cuadros dirigentes. En la portada de la revista se reproducen dos fotos, una tomada en una movilización, con la consigna «Para que reine en el pueblo el amor y la igualdad» (cita de la Marcha Peronista), y otra de los tres miembros entrevistados, entre los que se encuentra Perlongher. Otros medios y publicaciones hablarán de ellos, pero no con la intención de darles la palabra. Entre los documentos editados por el Frente, recomiendo la lectura del tabloide *Homosexuales*, Buenos Aires, julio 1973 (única edición).

<sup>11</sup> María Milagros Rivera Garretas: *Nombrar el mundo en femenino. Pensamiento de las mujeres y teoría feminista*, Icaria, Barcelona, 1998, pp. 97-108. Rivera Garretas centra su atención en las biografías que escribieron dos autoras cristianas y de «lengua escrita latina»: Baudonivia, a finales del siglo VI, y Hugeburc, a principios del VIII. El análisis de sus textos le permite formular dos niveles en el temor que dominó a estas mujeres. Por un lado, el miedo a escribir deriva de otro mayor: el miedo a las instancias de poder social que controlan y establecen las formas y los límites de lo decible en una sociedad y en un momento determinado de su historia (límites que ni el saber latín, para Baudonivia y Hugeburc, alcanza a conjurar). Por otro lado, ambas religiosas temen que «su manera de hacer, [...] de ser, de estar en el mundo» provoque un «error epistemológico» condenado «a la miseria simbólica de lo que no encuentra interlocución». Respecto a la frase «miedo [femenino] a tomar la palabra», el corchete no es de Rivera; lo uso para indicar un miedo que no es sólo fortuna femenina, tal como la misma autora lo sugiere en otras partes de su ensayo.

- <sup>12</sup> Marc Angenot: *Interdiscursividades. De hegemonías y diferencias*, Editorial Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1998, p. 11.
- <sup>13</sup> Ver F.L.H.: «Sexo y revolución», *Voz y Fuego. Revista de Crítica y Debate Sexopolítico de la Comunidad Latina*, San Francisco, no. 6, diciembre, 1992 (edición original: 1973).
- <sup>14</sup> Ver Carlos Jáuregui: *La homosexualidad en la Argentina*, Ediciones Tarso, Buenos Aires, 1986; Flavio Rapisardi y Alejandro Modarelli: *Fiestas, baños y exilios. Los gays porteños en la última dictadura*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2001, p. 142; Juan José Sebreli: *Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1997, p. 337.
- <sup>15</sup> Víctor Fowler: *Historias del cuerpo*, Letras Cubanas, La Habana, 2001, pp. 5-10 y 285-314. Entre las producciones cubanas recientes que abordan estas problemáticas, recomiendo el dossier «La voz homoerótica», en *La Gaceta de Cuba*, La Habana, Unión de Escritores y Artistas de Cuba, no. 5, septiembre-octubre, 2003, pp. 2-23.
- <sup>16</sup> Adriana Boria (comp.): *1973. Córdoba: tiempos violentos*, Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1997, pp. 9-39. Esta compilación de artículos incluye un estudio preliminar acerca de la propuesta teórica de Marc Angenot respecto del discurso social y las regulaciones de la hegemonía discursiva y cultural.
- <sup>17</sup> Santiago Esteso Martínez: *Ficciones en las fronteras de la ley. Una antología comentada para maleducados, extraviados y extranjeros*, Editorial de la Universidad Complutense, Madrid, 2004.
- <sup>18</sup> Una década después, el movimiento homosexual de la transición democrática hereda el legado político e ideológico del F.L.H., ocupando el lugar político y simbólico abierto con inmensas dificultades una década antes. Sin lugar a dudas, las oportunidades políticas resultaron en aquel momento menos adversas, entre otras razones porque desde el ámbito de las instituciones del poder se procuró, al menos en el nivel de los discursos, garantizar que el funcionamiento democrático no reeditara las viejas taras del sistema político argentino y, sobre todo, que redefiniera el juego social no desde los términos de la guerra, sino desde la participación y la interacción justa entre partidarios y adversarios.



**Los géminis no tienen tiempo** (1969).  
Óleo sobre lienzo, 192 x 120 cm